

La lúgubre escenografía de "Poemas para los muertos" va a ir siendo paulatinamente reemplazada también por elementos que preludian la estética futura de "El espejo de la belleza", y que en este libro, "Las máscaras del desamor", aparecen aún en esbozo. Tales elementos, cuya función es ornamental, (mármoles, columnas, corales o marfiles) constituyen el decorado que enmarcará la nueva actitud ética de J. Brotóns: una actitud apolínea de contemplación y exaltación de la belleza, de culto al cuerpo adolescente, de morbosa atracción por lo efébo. Esta nueva ética, de raíz helenística, no es en Joaquín Brotóns sólo el resultado de la aplicación de los estereotipos culturalistas por entonces vigentes, sino que tiene además una doble justificación: por un lado, la búsqueda de la autenticidad y pureza que la adolescencia encarna; y por otro, la búsqueda de la propia juventud perdida y añorada. El culturalismo brotonsiense es, pues, de elaboración personal, despojado de exotismos truculentos y pedanterías exhibicionistas.

Otro tema de interés que hallamos en este libro es el choque, en términos cernudianos, de la realidad y el deseo; un choque incruento pero doloroso, del que resulta una permanente insatisfacción del poeta. Utilizando una imaginería más propia de Brotóns, se trata del choque de las máscaras hipócritas o de los caimanes contra los libidinosos corceles pura-sangre. Este enfrentamiento, que vemos perfectamente reflejado en el poema "La realidad desnuda", da como resultado inevitable la frustración, o lo que es lo mismo, el desencanto:

"Tanto te deseo,
tanto te amo,
tanto te necesito...
tanto he acariciado tu suave piel dorada,
tu cuerpo de sirena
en la fría soledad de la noche,
en el resquebrajado espejo de la luna,
en la blanca cama del deso frustrado,
que pienso que quizás
sería mejor abandonar los sueños
y poner los pies sobre la punzante realidad."

Sobre los dos ejes cernudianos antes citados se articula también su libro siguiente "Amor, deseo y desencanto" (1979), donde la exaltación de la carne como objeto de culto cede paso a la narración más intimista y personal de la experiencia amorosa; una experiencia que se presenta ya como pretérita y que desemboca en un hoy desposeído. La pérdida del objeto amado es aquí el motivo que conduce al desencanto. Inmerso en una realidad doliente, el poeta se contempla a sí mismo solo y desolado en su presente, aunque a la vez dichoso en su pasado.

Entre otras constantes de su poesía, advertimos que a la pureza y desnudez del cuerpo amado (metáfora del deseo), sigue oponiéndose la idea del mundo como teatro, farsa, mascarada y "estúpido carnaval de disfraces y confeti" (metáfora de la realidad). Por otro lado, la experiencia de la soledad, no ya planteada en términos existenciales, sino sentimentales, hunde al poeta en un decorado de días grises, tristeza atormentada, insomnios febriles y tinieblas interiores que le arrastran hacia la autodestrucción (metáfora del desencanto):